La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO XIII | DIRECTOR PROPIETARIO: RAMON BLANCO ROJO | PRECIOS DE SUSCRIPCION: En Murcia 50 céntimos al mes. Fuera 2 pesetas trimestre. Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio, 53 | COLABORADORES: TODOS LOS SUSCRIPTORES | NÚM. 565.

MURCIA 24 DE FEBRERO DE 1901.

¡AY DEL QUE NACE Ó MUERE!

—¡Adiós por siempre, hijo del alma mía!—
Un triste anciano al espirar clamaba,
y el tierno infante que su sien besaba,
—¡Adiós por siempre!—El infeliz decía.
Vertió el viejo la lágrima postrera,
y vertió la primera el niño en tanto;
y confundidas última y primera,
símbolo fueron de su igual quebranto.
¿Cuál lágrima, decid, en mal tan fuerte,
del corazón brotó más dolorida?
¿La del que el mal primero halló en la vida,
ó la de aquel que un bien halló en la muerte?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

EL ARBOL VIEJO

Los pies en la verde alfombra,
la cabeza en los nublados...
¡Cuántos seres ya olvidados
habrán dormido á tu sombra!

—

Aquí la doncella oyó
de amor el grito primero;
aquí el cansado viajero
calma y reposo encontró.

—

Quizá te hicieron servir
de dosel á algún magnate;
el herido en el combate
quizá vino aquí á morir.

—

Hoy solitario y escueto
en la noche silenciosa
pareces mezcla medrosa
de gigante y esqueleto.

—

Y por el viento agitadas
tus hojas, que mustias ruedan,
ora suspiros remedan,
ora fingen carcajadas.

—

¡Ojalá que de verdor
te cubra amoroso Mayo,
y caigas envuelto en flor
antes al fuego del rayo
que al hacha del leñador.

M. DEL PALACIO.

GITANAS

La niña que adoro
de aquí está muy lejos,
y no puedo decirle de cerca
lo que yo la quiero.

—

Si tu me quisieras,
serrana querida,
me darias el gusto más grande
que tuve en la vida.

—

Pensando en tí, nena,
me paso las horas,
y es que tengo grabada en mi alma,
tu cara preciosa.

—

De mí no te olvides
siquiera un momento,
pues bien sabes que solo son tuyos
todos mis recuerdos.

L. GOVANTES RAMOS.

CUENTOS LITERARIOS

LA CONDESA X.

I

Felipe, juraba una y mil veces, que amaba ciegamente á María, joven de diez y ocho abriles, poseedora de una gran belleza.

Los recursos con que contaban ambos, eran modestos hasta el extremo de hacerlos difícil la existencia.

Una de las noches que Felipe sostenía amoroso coloquio con su adorada, hubo de decirle:

—María, ayer, cuando me separé de tí, encontre revolviendo los papeles de mi pobre padre, una carta de cierto tio mío, que vive en América, dueño absoluto de grandíosa fortuna, y como aquí andan las cosas tan mal, he resuelto embarcarme de marinero, y desempeñar un destino que me tiene ofrecido; reuniré dinero, y á mi regreso nos casaremos.

Esta noticía no agradó á María, y dos lágrimas brotaron de sus ojos.

—Tengo esperanzas— prosiguió—de ser feliz alguna vez.

Rogóle y suplicóle, no le olvidara en su ausencia, diciéndole María:

—Puedes irte seguro, que es tuyo todo mi cariño.

II

Felipe viajaba por alta mar, y de vez en cuando dirijía la vista al horizonte, pensando en la mujer que Dios sabia si encontraría á su regreso.

Su corazón noble, y su disposición para cumplimentar cuantos servicios le encomendaran, fué motivo para captarse la simpatía de sus superiores.

Mientras el buque surcaba las aguas, María era perseguida por un señor rico, llamado X.

Ella le huía, procurando no encontrarse frente al buen señor. Sin embargo, la avaricia no tiene límites, y María reflexionando dijóse:

«Este hombre me conviene; tiene mucho dinero, y uniéndome á él, vestiré buenos trajes, pasearé en magníficos trenes, y todos mis antojos serán satisfechos, mientras que Felipe no me sacará del barrio.»

Terminó su reflexión optando por el conde, y á los pocos dias todo el mundo le llamó condesa.

El tal conde era hombre cala vera, y su ligera cabeza dió lugar á su despreocupación por la condesa. El juego le distrajo de su hogar y se pasaba las noches tallando, ó de *punto* en los círculos que frecuentaba.

Huyó la suerte de él, y su fortuna se extinguió con gran rapidez. Millares de desdichas agotáronle la existencia dejando en el mundo una preciosa niña, único fruto de su matrimonio.

III

Tres años han transcurrido; Felipe está rico, y pasea por las calles de Madrid.

Una pobre mujer se le acerca implorando la caridad; recuerda los dias de hambre y miseria, y sacando la cartera, entrégale un billete del Banco.

La mujer se fija en Felipe hasta el extremo de llamar su atención.

—¡Dios se lo pague!—contesta la pordiosera, guardando la limosna.

Esta se alejo, y Felipe la sigue con curiosidad.

Llegan á un barrio extremo y averigua que aquella pobre es María.

Mil ideas vagaron por su imaginación, y mirando al cielo exclamó:

—La infidelidad de esa mujer, la he pagado con dinero.

LUIS LACOSTÉ.

BATURROS

Un beso me diste maña
y me puse pronto güeno;
ya se á quien he llamar
cuando otra vez caiga enfermo.

—

Si es que alguna vez me caso
eligiré mujer guapa;
ya que sea falsa la mula
que tenga bonita estampa.

—

Asustarme no han podido
ni las balas ni la sangre;
pero me asusté de veras
el día que ví á tu madre.

GIL-BLAS.